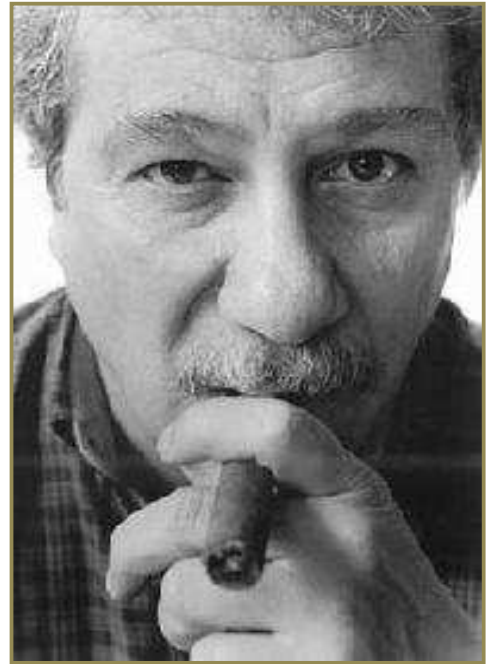


JUAN MANUEL ROCA

# “Sí podemos bañarnos dos veces en la misma página”



POR: J. J. JUNIELES

Elevar cometas no es un pasatiempo elemental, en realidad es una ceremonia que exige más que un barrilete bien armado y una cuerda para resistir huracanes.

La lluvia, los cables eléctricos, las ramas de los árboles, los relámpagos; son enemigos naturales. Miro barriletes condecorar el cielo de diciembre, y pienso que las palabras son como esas cometas, que los escritores intentan elevar más allá del tiempo.

Cada poema, cuento, o novela de Juan Manuel Roca, parece un barrilete elevado hasta el cielo de nuestra indiferencia. Leerlo es descubrir perspectivas y combinaciones insospechadas del arte poético. Su poesía es un contrapeso de los sentidos, un irse y venir en el tiempo, por medio de evocaciones, conjeturas, y versiones de este mundo de verdades escurridizas. No hay ampulción verbal o adorno en su estilo de lenguaje breve y agudo. La memoria de la infancia como impulso vertebrador de los conjuros poéticos.

Roca es autor de los libros de poesía: *Memoria del agua*, *Luna de ciegos*, *Los ladrones nocturnos*, *Fabulario real*, *Ciudadano de la noche*, *La farmacia del ángel*, *Los cinco entierros de Pessoa*, *La hipótesis de Nadie*, *Cantar de lejanía* y *El ángel sitiado*. En Cartagena de Indias, Roca podría pasar por

cualquier contertulio del Camellón de Los Mártires, o de los kioscos de comida de la Bahía de las Animas. Puede durar horas hablando de George Trakl y Marcel Schwob, y luego embestir con un análisis minucioso de un pedestre partido de fútbol. Para Roca la poesía debe subvertir las fronteras, de ella hacen parte tanto el estereotipo poético-postal de los soles y los encajes, como el ámbito de una oficina de esas en donde transcurre la vida de tantos seres.

El escritor colombiano sabe que escribir es sobre todo una forma de preguntar. Ha incursionado en el género del cuento: *Las plagas secretas y otros cuentos* (Premio Nacional de Cuento de la Universidad de Antioquia, 2000), en la novela: *Esa maldita costumbre de morir* (Alfaguara, 2003, nominada al Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos); en: *Rocabulario* (glosario de imágenes y definiciones, a la manera del Diccionario del Diablo, de Bierce, recopilado por Henry Posada y editado por Ícono, 2006), *Cantar de Lejanía* (2006), *El ángel sitiado* (2006), y muy pronto: *Cristal de Roca* (entrevistas, ensayos y crónicas. Editorial Domingo Atrasado).

Su obra poética y periodística ha sido distinguida con: II Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus (1975), Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1979), Premio Mejor Comentarista de libros Cámara del Libro (1992), Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (1993), Premio Nacional de Poesía Ministerio de Cultura de Colombia (2004), y el premio José Lezama Lima, Casa de las Américas, Cuba (2007).

Esta es una entrevista con quien alguna vez dijo que: “Lo malo del alcohol es que en medio de una desmesurada borrachera uno puede suicidarse y al otro día no acordarse de nada.”

## **L** a infancia móvil

**Todo ser humano tiene en su infancia un momento adánico, en el que la conciencia de ser en el mundo se despierta. ¿Cuándo ocurre en usted ese descubrimiento?**

Mi infancia fue un exceso móvil, nunca tuve una niñez fija, nunca en un solo espacio, nunca en un único ámbito. Por muchas circunstancias vivimos en muchos sitios, es por eso que tengo parcelada la infancia en muchos lugares y entre cada uno de esos puntos está el nomadeo.

En el lugar que quizá esté el epicentro de todo lo que yo me he esforzado en recordar, no con carácter nostálgico, sino como evocación poética, es Medellín. Aparte de eso, yo creo que el primer asombro vivencial y poético que tuve, ocurrió, mas o menos a la edad de seis años, cuando acostumbraba la familia pasear mucho en tren, y yo siempre que pasaba por la estación del ferrocarril pensaba que el tren era una casa donde ocurrían paisajes.

Desde la estación uno entraba al tren, y empezaban a pasar cosas, empezaban a ocurrir postes de telégrafo, cafetales, ríos, noches, todo pasaba en el recorrido de ese mecánico gusano. Esa idea, (la que en esa casa rodante ocurrían paisajes como si fuera un cine), que al principio producía una cierta hilaridad en la familia, posteriormente, pienso, fue mi mas remoto y consciente encuentro poético. Digamos a la luz de la razón que era la primera transformación consciente la realidad inmediata, a través de la imaginación. A eso ligo, como mi primera experiencia, el ser consciente, como tener una certeza de que la realidad es transformable a partir de la imaginación, y luego seguí.

Cuando vuelvo a pasar por la estación Cisneros en Medellín, sigo pensando que el tren es una casa donde al igual que siempre, y contra cualquier sensata explicación, siguen corriendo paisajes.

**¿En que momento surge su relación con la literatura?**

Yo tuve una madrugadora cercanía con los libros, primero como objetos visibles atesorables, más que como objetos legibles, más que como objetos en los que nos pasan cosas como si fueran la vida misma.

Buena parte de mi infancia la viví en casa de mi tío Luis Vidales, que tenía una gran biblioteca. Yo encontraba entonces en los libros ese carácter sagrado del que nos habla Borges. Sin embargo, ese objeto de respeto no era un objeto de deleite.

Sería presuntuoso decir que yo leía en mi temprana niñez, más bien la lectura empezó cuando terminé el bachillerato y una fugacísima vida académica de la que deserté inmediatamente iniciada. Encontré un gran refugio en los libros.

---

Sería presuntuoso decir que yo leía en mi temprana niñez, más bien la lectura empezó cuando terminé el bachillerato y una fugacísima vida académica de la que deserté inmediatamente iniciada.

---

**¿Cuáles fueron sus primeras experiencias creativas?**

Yo empecé desarrollando una serie de textos que no aspiraban a ser poemas, sino, pensamientos, o reflexiones sobre el mundo que me rodeaba. De regreso de unas vacaciones, retomé un libro que se había leído mucho en el ámbito familiar, en lecturas reunidas que se hacían en voz alta, ese libro era de César Vallejo.

Aunque entonces no lo entendía a cabalidad, y aunque hay zonas de su poesía que me parecen de difícil entendimiento (lo cual no le quita belleza, porque la poesía no es un asunto para entender solo con la razón), descubrí que me importaba mucho lo que ocurría con este poeta, su mundo autónomo, sus situaciones límites, esa gran hondura y esa gran humanidad que hay en la lírica de Vallejo, ese libro me resultó imprescindible. Comencé, a través de la lectura, a ganar batallas personales muy importantes, en el Quijote peleaba, en el Tristán e Isolda me enamoraba, y fui descubriendo que los libros iban ganando un espacio muy importante en mi vida. Fui hallando en los libros, claves para traducir al mundo y mi estancia en él.

**E**l Nadaísmo, maestro al revés

*Uno de los movimientos culturales más resonantes en la reciente historia poética colombiana, es el Nadaísmo. ¿Cuál es su perspectiva, usted que fue testigo de este fenómeno?*

El Nadaísmo, para mí, ha funcionado como una especie de maestrazgo al revés, me ha enseñado cómo no escribir poesía. Realmente nunca tuve un nexo con los nadaístas. Cuando regresé a vivir a Medellín después de unas de mis incontables mudanzas, encontré todo ese agitar del Nadaísmo, toda esa cultura del megáfono. A los que veníamos cronológicamente detrás del Nadaísmo, no nos interesaba, y tratamos de buscar cosas diferentes a toda esa idea de irrupción colectiva, generalmente grandilocuente y anacrónica, en el sentido en que primero se escribía un manifiesto, para que luego su poesía correspondiera con lo manifestado (cuando ya hacer manifiestos era una cosa realmente anacrónica).

Nosotros más bien nos refugiábamos en algo que fue la práctica de una reflexión mucho más íntima, interior, lejos del desplante nadaísta. Hay un carácter pendular en las generaciones en relación con las influencias. Si uno ve la década de los cincuenta y de los sesenta, se disputan el escenario poético solamente dos tipos de poesía, la poesía coloquial, conversacional, heredera de la revolución cubana, como Ernesto Cardenal y Nicanor Parra, y por otro lado, había una poesía de un espectro metafórico a la que le interesaba más el pensamiento analógico y le interesaba más el carácter elusivo, que el qué decir. Esas eran las dos vertientes que se disputaban el escenario poético.

La gente que estaba empezando, como yo, no teníamos ese tipo de disputas como dos maquinarias de guerra enfrentadas. Nosotros buscábamos, que tanto el instrumental poético de la poesía coloquial, como la poética reflexiva, pudieran casarse.

Por eso en buena parte de la poesía posterior a estas dos posturas antípodas, surge una poética en donde además de una reflexión sobre la imagen, hay un hecho conversacional. Vínculos reales con el Nadaísmo por parte mía, realmente no han existido, salvo, una cierta amistad con el poeta Darío Lemus, que me parecía auténtico en el Nadaísmo, que murió auténticamente con lo que preconizó, en un estado de postración seria, que era la cual le había apostado sin artilugios.

Creo que las generaciones fijadas por el aspecto puramente cronológico, son las más ficticias, yo me siento de la misma generación de Rómulo Bustos, que es más joven que yo,

pero también me siento de la misma generación de Aurelio Arturo.

---

Creo que las generaciones fijadas por el aspecto puramente cronológico, son las más ficticias, yo me siento de la misma generación de Rómulo Bustos, que es más joven que yo, pero también me siento de la misma generación de Aurelio Arturo.

---

Ahí hay inclinaciones electivas, uno escoge su generación, y sus verdaderos contemporáneos, yo me siento más contemporáneo de Luis Vidales que de X-504, me siento más cercano a la generación de "Mito" que de los nadaístas, tengo más influencias, más empatías y cercanías con Jorge Gaitán Durán que con otros que pueden compartir mi tiempo de manecillas, pero no el de la creación. Esa mirada puramente taxonómica, cronológica sobre las generaciones, es muy dudosa. Hay poetas que son contemporáneos del futuro, y que de pronto están hablándole al oído a personas que ni siquiera los conocieron. Hay un carácter fantasmal en la literatura, como decía Sábato.

**Y hablando de fantasmas. ¿Cuáles son aquellas preguntas que han permanecido a través del tiempo, y a las que ha tratado de responder a través de la indagación poética?**

Mi primer libro que fue publicado en 1973, Memoria del agua, es un balbuceo poético, que con el tiempo he tratado de hacer de una manera mas consciente. Memoria... es un libro, quizá demasiado espontáneo, y con unos nexos claros con preocupaciones evidentemente surrealistas.

Muchas de esas conclusiones se han ido decantando, por ejemplo yo no creo en la escritura automática, que se deriva de cierta tendencia surrealista de atrapar en el vacío. Hay un manifiesto, que para mí es más importante que los manifiestos surrealistas, y fue el que hizo Dylan Thomas, en donde dice que si bien lo irracional, esa cosa que muchos llaman intuición, o inspiración, el rapto poético, es importante, éste debe pasar después por una especie de aduana del pensamiento.

**¿Cuál considera que es su gran tema de indagación poética?**

Por una parte está la muerte, su trasmundo. También está la libertad en sus términos casi arrebatadamente anarquistas, pero todo eso, termina inevitablemente nublado en el tema que yo creo es el eje de mi poesía: el tiempo. El tiempo del agua, el tiempo festejo del cuerpo, el tiempo y la noche, y el tiempo en la ciudad. Nunca había sido consciente de ese imán temático, hasta que salió un libro antológico de mis trabajos llamado: Luna de ciegos, publicado en México, donde me pidieron un auto prólogo acostumbrado en esa colección.

En el proceso de unificar y decir cual era el tema central de mi poesía, descubrí que siempre está el tiempo, no solo en la síntesis de Heráclito del no poder bañarse dos veces en las aguas del mismo río, sino también su contrario, el sí poder bañarnos dos veces en la misma página.

La página es el arte de atrapar el tiempo, es "un arte del tiempo", como decía Machado. Encuentro hoy que de alguna manera el tiempo, ya no es un tema a priori, preconcebido, sino algo habitante en mí, un tema que se me ha vuelto una obsesión.

Yo creo que actualmente Colombia vive momentos de diversidad, de búsquedas muy, muy interesantes, quizás como pocos momentos de la literatura colombiana. Digo de búsquedas, porque todavía son obras en marcha, como diría Joyce, de todas maneras no se puede hacer un balance certero acerca de lo que está ocurriendo. Pienso que pasan más cosas interesantes en la poesía colombiana que en la narrativa, pienso que lamentablemente la narrativa, fuera de grandes novelistas como Héctor Rojas Herazo, como Germán Espinosa, lo que más hay son conatos de lograr una obra totalizante y orgánica como la de ellos, creo que Rojas, Espinosa y por supuesto Gabriel García Márquez, son la piedra angular de la narrativa colombiana, y curiosamente son tres hombres del Caribe, algo que me parece maravilloso, porque es la expresión de la oralidad que hay en esa región.

Creo que a partir de ellos, todos los demás trabajos son muy episódicos, muy esporádicos. Son obras que no tienen contundencia, e incluyo en esos a Álvaro Mutis, quien me parece un autor soporífero. Pienso que igual a la poesía, se ha iniciado un buen tiempo en el ensayo, hay una gran preocupación ensayística, y de pronto encuentran uno actualmente diez o doce personas escribiendo con una gran lucidez lírica, cosa que aquí era muy esporádica, solamente podríamos señalar a Baldomero Sanín Caro, Hernando Téllez, como caso de una crítica ejercida con lucidez y continuidad. El hecho actual de que la reflexión haya pasado a un plano importante en el mundo cultural colombiano, me parece que es un hecho maravilloso, que combate una peligrosa y natural costumbre a tragar entero. Me parece importante y el más sustancial de todos los fenómenos actuales, porque realmente creo que Colombia los últimos años pedalea en una bicicleta estática.

---

Creo que a partir de ellos (García Márquez, Rojas Herazo y Germán Espinosa), todos los demás trabajos son muy episódicos, muy esporádicos. Son obras que no tienen contundencia, e incluyo en esos a Álvaro Mutis, quien me parece un autor soporífero

---

**Usted es el prologuista y antologista de: Cerrar las puertas, un libro compilador de obras de poetas suicidas, ¿Qué impresión le ha dejado el estudio de estas peculiares obras?**

El libro partió de una idea muy espontánea, muy encontrada en el camino. De pronto me encontré que los tres o cuatro poetas que estaba leyendo, por un raro azar, eran suicidas: George Trakl, Paul Celan, Alejandra Pizamik y alguien que de alguna manera también fue suicida, Dylan Thomas.

Estaba leyendo a estos creadores a destiempo, como suele ocurrirme, y de pronto algo me hizo caer en la cuenta de que todos eran suicidas. Esto me llevó a preguntarme qué hilo invisible tejía estas experiencias humanas. Hubo poetas suicidas que no incluí, porque la idea era hacer una antología de buena poesía, y el hecho de ser un escritor suicida no equivale a decir que eso le otorgue rango estético a nadie.

A pesar que hay poetas maravillosos para mucha gente como Lugones, no lo incluí porque personalmente no me tocaba. Lo importante de esta experiencia antologista es que logré concluir que todos esos suicidas no son más que niños expósitos, niños abandonados, todos tiene una infancia trágica, y no quiero hacer sicologismo. Ellos tuvieron una infancia lamentable, atormentada, teniendo una gran vocación de libertad a través de la imaginación que es coercitivamente vapuleada por los padres. En realidad estos suicidas no son más que niños abandonados.

Uno encuentra que toda la melancolía de Trakl, que toda la desazón de un poeta extraordinario, quizá el último gran poeta del campo como es Esenin, tenía que ver con eso, tenía que ver con que hay una suerte de extrañamiento del mundo, eso que también tenía Van Gogh, al decir que él se sentía como un gato en un almacén extraño. Eso es lo que siento por estos poetas, es lo ajeno que se siente del mundo, del tiempo, de la realidad, el no poder habitarse completamente de alegría o satisfacción de vivir, y sobre todo la gran pasión por la poesía que muchas veces conduce por caminos tan tortuosos en las cuales esa puerta que se abre es la del suicidio.

El libro se llama *Cerrar las puertas*, porque el suicida no es más otro que el impaciente. Si de todas maneras tarde o temprano vamos a llegar a la nada, el suicida no es más que un impaciente que quiere llegar rápido a esa nada, yo creo que el hombre es un gran paréntesis entre dos nadas.